

Partiendo el pan de nuestra esperanza. Testimonio sobre César Jerez, sj. (1936-1991)

Juan Hernández Pico, sj.

César Jerez García nació en San Martín Jilotepeque, cabecera municipal de gran mayoría indígena del departamento de Chimaltenango en Guatemala. A 62 kilómetros de la ciudad capital, desde Chimaltenango se sube hasta San Martín por una carretera de tierra empinada y llena de curvas -algunos sanmartinecos la llaman "la subida al cielo"- a través de un hermoso paisaje de cerros verdes y de milpas.

Fueron sus padres Manuel Jerez Herrera, fallecido en 1941 y María Teresa García Roca, fallecida en 2001 a los 86 años de edad. El matrimonio tuvo siete hijos, cuatro mujeres y tres varones. Las cuatro mujeres han fallecido ya, dos de ellas antes de cumplir el primer año de edad; una tercera a los diez años; la cuarta murió asfixiada, junto con tres de sus cinco hijos, al derrumbarse la casa solariega de adobe de la mamá de César en San Martín en el terremoto de 1976. Además, pues, de haber quedado viuda a los 25 años, Doña María Teresa pasó por el gran dolor de enterrar a seis de sus siete hijos, contando a César y a su hermano mayor Manuel en 1998.

Don Manuel Jerez Herrera fue, por su madre, originario también de San Martín Jilotepeque, si bien por su origen paterno provenía de San José el Idolo, en Suchitepéquez. Fue secretario municipal en varias alcaldías, incluida la de San Martín, donde conoció y enamoró a una joven de 15 años, María Teresa, más de veinte años menor que él. A

* Jesuita. Colaborador con este número de Diakonia. 124, (Diciembre 2007).

través de su madre, César conservó una memoria de su padre como de un hombre profundamente recto y respetuoso, amoroso con sus hijos y entregado a su esposa. Ya casado, Don Manuel se ocupó como administrador de una finca cañera, Santa Teresa, en las tierras bajas y calientes de San Martín, hacia el oriente del municipio. César apreciaba mucho el recuerdo -uno de los pocos que a él mismo le quedaban de su padre, muerto de cáncer cuando él tenía cinco años- de recorrer la finca llevado por su padre a caballo con un pañuelo rojo anudado al cuello con ayuda de un anillo y un gran sombrero, orgulloso de la bondad con que su papá trataba a los trabajadores.

Muerto el padre, Doña María Teresa regresó a la cabecera municipal. Ninguno de sus entonces cinco hijos tenía más de ocho años. Trabajando duramente con una pequeña abarrotería los fue sacando adelante, ayudada también por sus hermanas. Siendo indígenas la mayoría de sus clientes así como la mayoría de los alumnos de la escuela parroquial primaria, ahí aprendió a amarlos y valorarlos César. Por eso luego le gustará tanto darse a conocer como "indio san martinico", pese a ser mestizo. La tiendita, sin embargo, no daba para todo y el hermano mayor de César, Manuel, tuvo pronto que aportar a los sudores de su madre los suyos propios asalariándose como trabajador temporal en la costa, antes de poder estudiar contabilidad.

El P. Teófilo Solares, párroco entonces y director de la escuela parroquial, hombre a quien César valoró siempre mucho, apreció el talento de César, su temprano liderazgo entre los muchachos, sus cualidades deportivas y sus inclinaciones religiosas. Cuando César le preguntó por el sacerdocio, le ofreció continuar sus estudios en el seminario de la capital, que entonces dirigían los jesuitas. César fue allá compañero del actual obispo de Jalapa, Monseñor Julio Cabrera. Más adelante que César, en el seminario mayor, estaba también el Arzobispo de Guatemala ya fallecido, Monseñor Próspero Penados y el hoy Cardenal Arzobispo Rodolfo Quezada Toruño. César mantuvo siempre un aprecio grande por sus antiguos compañeros de seminario y, en sus tiempos de Director del CIAS en Guatemala y de Provincial, los visitó cuando pudo en sus parroquias o diócesis. En el seminario influyeron en César dos jesuitas especialmente: el entonces maestrillo, José Ramón Scheifler, con sus lecturas e

interpretaciones de la *Rusticatio Mexicana* de Landívar hechas al aire libre de múltiples paisajes landivarianos, y su director espiritual, Luis Manresa, hoy obispo emérito de Los Altos. Por ambos mostró César siempre un gran afecto. Sin tanto contacto personal, influyó también en César, ayudando a desarrollar su entusiasmo por la historia, el rigor de las lecciones dadas por el P. Carmelo Sáenz de Santamaría en muchos ambientes guatemaltecos de entonces.

En el seminario nació la vocación de César a la Compañía. Antes de pasar a Filosofía comunicó al entonces Arzobispo de Guatemala, Monseñor Rosell y Arellano, su deseo y se atuvo a él con firmeza, pese a que el Arzobispo, que tenía en él no pocas esperanzas para el clero diocesano, le ofreció enviarlo a la Gregoriana a continuar sus estudios si continuaba como seminarista.

Aquella entrevista con Rosell la recordaba frecuentemente. Era para él símbolo de fortaleza en su vocación a la Compañía.

César hizo el noviciado de 1953 a 1955 en Santa Tecla, siendo su maestro el P. Miguel Elizondo, fallecido en 2005. César admiró en Miguel su educación para la libertad de espíritu ignaciana, su síntesis de cariño y firmeza, la audacia de su continua apertura a lo nuevo y su verdad franca. De la prueba de peregrinación en el noviciado, que Miguel organizaba como acompañamiento y servicio a las visitas pastorales del Arzobispo, data el conocimiento de César con el Arzobispo de San Salvador, Monseñor Luis Chávez, por quien se sintió siempre muy querido. La violencia patente en los numerosos heridos e incluso mutilados que ingresaban en el Hospital de Santa Ana durante su mes de hospital, le abrió los ojos a las raíces de injusticia que la provocaban.

Entre 1955 y 1957 César hizo sus estudios de humanidades clásicas y modernas en el Juniorado de Cotocollao, en Quito, Ecuador. Ahí lo marcó profundamente tanto el humanismo como la pedagogía excepcionales del P. Aurelio Espinoza Polit, con quien se carteó hasta la muerte de éste. Pero frente al desprecio que la sociedad quiteña y, en su opinión, no pocos jesuitas manifestaban hacia los indios quechuas, aún lo estimuló más la fidelidad con que "Aurelito" se dedicaba a la catequesis con ellos todos los domingos. Esto y el ver que "Aurelito"

celebraba todos los días la Eucaristía a los pobres empleados laicos del Juniorado contribuyeron a forjar la opción por los pobres de César. Aurelio y el P. Sánchez Astudillo, profesor de literatura moderna, alentaron en César el rigor de la palabra escrita. Desde entonces repitió muchas veces que era un poco peligroso que los jesuitas nos quedáramos como "hombres de cultura hablada"; fácilmente terminaríamos en palabreros. Pocas cosas disgustaban a César tanto como la huera palabrería.

César estudió filosofía de 1957 a 1960 en el Colegio Máximo de San Gregorio, en Quito, Ecuador. Eran los tiempos de las peleas entre tomistas y suarecianos dentro de la neoescolástica. Más que apasionarse, César se divirtió con ellas. Guardó, sin embargo, mucho cariño por los dos PP. Rubianes, uno de ellos su rector y profesor de metafísica y el otro su director espiritual y profesor de psicología. En Quito, además, con la visita de los jesuitas chilenos del Centro Bellarmino, nació su entusiasmo por la obra de los CIAS. Allá se sembró la semilla de lo que él llamó luego con sobriedad característica "un grupo de amigos con una tarea común". De aquel grupo, que llegó a cuajar en 1965, quedan aún en la Compañía los PP. Ricardo Falla, Iñaki Zubizarreta y Juan Hernández Pico. Ya falleció en 2003 Xabier Gorostiaga.

El magisterio lo hizo César de 1960 a 1963 en el Colegio Javier de Panamá. Con los criterios de entonces a él lo pusieron en la primaria, mientras a otros, venidos de España, los ocuparon en la secundaria. La chispa panameña de los alumnos lo apodó "Cholón" -es decir el gran Cholo o panameño interiorano-, aunque ya entonces se le conocía también como "el Gordo". Su capacidad quedó clara pronto y ya en el segundo año de su magisterio estuvo encargado de años de secundaria. Enseñó de todo, como en los magisterios de entonces, pero sobre todo historia. Estuvo a cargo de la tropa scout. Lo que más lo entusiasmó fueron los Cursos de Capacitación Social, introducidos en Panamá para estudiantes masculinos y femeninos del último año de secundaria por el P. Manuel Aguirre, director en Caracas de la revista SIC y fundador del Centro Gumilla, el CIAS de Venezuela. Ahí trabajó todo su tercer año, sin dejar los trabajos del colegio, con el P. Juan Hernández Pico, con quien ya antes de llegar a Panamá le unía una amistad que ahí se

consolidó. La amistad había nacido cuando en 1957 César había escrito a Juan -sin conocerlo pero sabiendo de su destino a Centroamérica- una carta llena de solidaridad por la muerte del papá de Juan, y floreció en Panamá. Fue César quien le puso a Juan el apodo de "Piquito" "por el tamañito". Manuel Aguirre los bautizó como "Marx y Engels", porque eran intercambiables y complementarios en sus aportes -decía-. Con Manuel quedó una gran amistad -asistió a la ordenación de ambos- prolongada luego con Luis Ugalde, Arturo Sosa y todos los demás miembros del Centro Gumilla (CIAS de Venezuela). También en Panamá comenzó otra relación de profunda confianza con el P. José Ignacio Martínez, entonces ministro de la comunidad, a quien, como Provincial, haría su socio.

Estudió César su teología en Frankfurt/Main, perteneciente entonces a Alemania Occidental, de 1963 a 1967. Trabajó penosamente con el alemán. Las lenguas no eran su fuerte. Llegó a leer bien y a hacerse entender decentemente, sobre todo porque su capacidad de comunicación y sintonía superaban cualquier incorrección en el uso de la lengua. La comunidad de habla hispana de Frankfurt lo sintió como el alma de muy sabrosas reuniones, repletas de proyectos de futuro, sobre todo de intercomunicación latinoamericana en favor de los pobres, alrededor de sus cualidades de cocinero. Ahí nació también con quienes luego fundarían el CINEP (CIAS de Colombia) y con otros jesuitas colombianos una amistad duradera, que fue a consagrarse definitivamente cuando a César le tocó enfermar y morir en Bogotá 28 años más tarde.

En Frankfurt se vivió muy de cerca el Concilio Vaticano II -tres profesores eran peritos conciliares, entre ellos el gran experto en historia del dogma cristológico, Aloysius Grillmeier- y allá se respiraba teología fundamentalmente acorde con la línea del gran Karl Rahner, a quien no pocas veces escuchó César directamente en conferencias en la ciudad. Durante la teología César trabajó pastoralmente con muchos españoles temporalmente emigrados. También durante la teología se concretó, en una reunión de diciembre de 1965 con los jesuitas de L'Action Populaire de París la fundación del CIASCA. De los que han pasado por el CIASCA y siguieron en la Compañía estaban allá César, Ricardo Falla, Juan Hernández Pico y Xabier Gorostiaga. El P. Luis Achaerandio, entonces Viceprovincial de Centroamérica asistió, constituyó la nueva obra y

repartió los destinos a estudios especiales. Un año después, en otra reunión en Versalles (a la que se invitó a otros jesuitas latinoamericanos estudiantes en Europa), unánimemente se propuso a César como primer director del CIASCA y el P. Segundo Azkue, nuevo Viceprovincial, lo nombró. Desde entonces César se preocupó por todos los miembros de la nueva obra dispersos en los estudios especiales y mantuvo entre todos un boletín de comunicación hasta el comienzo del trabajo en Centroamérica en 1971. Organizó además otras dos reuniones, una en el Centro Social de los jesuitas en Mannheim Alemania Occidental en 1966 y la segunda en Frankfurt en enero de 1968. En Frankfurt dejó muchos amigos, especialmente los PP. Vitus Seibel y Hans Zwiefelhofer, ambos provinciales más tarde -el segundo asistente de Alemania por un tiempo- y el P. Gerhard Podskalski, hoy profesor emérito de teología oriental allí mismo.

De 1967 a 1968 hizo César su Tercera Probación en St. Beuno's College, en Gales, Gran Bretaña, con el Instructor P. Paul Kennedy, quien refrendó la escuela de libertad ignaciana de espíritu en que lo había iniciado Miguel Elizondo. El y sus compañeros -entre ellos también Juan Hernández Pico- comentaban que allá, en términos de pastoral, más que el ignaciano, se adquiría el espíritu franciscano, porque no habiendo sino una sola familia católica en muchas leguas alrededor de aquel castillo donde escribió muchos de sus poemas Gerard Manley Hopkins, sj., sólo cabía predicar a las cabras y a las vacas, a los bosques y a las olas del mar norteño de Gales.

Entre 1968 y 1971 César estudió un postgrado en Ciencias Políticas en la Universidad de Chicago. Volvió a sentir la dificultad del idioma extranjero y peleó enérgicamente hasta poderse servir de él como de un instrumento útil en cualquier ambiente. En los fines de semana ayudó pastoralmente en una parroquia de chicanos de un barrio marginado. De nuevo dejó amistades sólidas y duraderas entre jesuitas y laicos. Una estudiante de la universidad se enamoró de él y, aunque él sentía muy fuerte la moción de su vocación, se transparentó con un amigo jesuita -Piquito-, que estudiaba, también allá, Sociología para vivir así el apoyo de la Compañía en su opción. César trabajó con mucha ilusión su tesis de maestría sobre la Integración Centroamericana y fue admitido

como candidato al doctorado -sobre el mismo tema-, si bien la rápida inmersión en el torbellino centroamericano de trabajo le impidió terminar su tesis y doctorarse. Durante las vacaciones del verano norteco, vino a Guatemala. Investigó sobre su tema. Pronto fue requerido para pronunciarse académicamente y como sacerdote. En 1969 tuvo en la Facultad de Ciencias Económicas de la USAC, entonces centro del pensamiento y la actividad más revolucionarios en Guatemala, una conferencia sobre "La Iglesia ante la Violencia", (ECA, En-Feb 70) que a la vez que lo dio a conocer lo marcó en su país con el estigma de peligrosidad, a pesar de la lucidez cristiana y científica de sus planteamientos. Participó con serenidad en los Ejercicios a la Provincia de diciembre de 1969 que Ignacio Ellacuría propuso y dirigió con Miguel Elizondo y de los que vino la adhesión fundamental de nuestra Compañía en América Central a la práctica y la Teología de la Liberación y a una lucha consecuente por la justicia, las cuales César apoyó con entusiasmo, esbozando la opción en un artículo conjunto con Juan Hernández Pico -"¿Desarrollo o Liberación?" (ECA, Sept 70)-. Participó también en la reunión de provincia que el Viceprovincial Paco Estrada convocó en septiembre del 70 para acabar de fundamentar y diseñar dicha opción operativamente. Ahí mostró ya sus cualidades para moderar y encauzar los debates sobre las cuestiones más conflictivas con humor, paz y firme eficacia. En esas vacaciones del 70 acompañó también, junto con Juan Hernández Pico, a Ricardo Falla en el diseño del plan para su trabajo en la fundación del Instituto de Ciencias Políticas de la URL de Guatemala con el apoyo del CIASCA.

En 1972 interrumpió su trabajo de investigación doctoral para responder a la invitación de Ignacio Ellacuría de estudiar en la UCA de San Salvador la realidad de las elecciones presidenciales, legislativas y municipales de 1972. Fruto de ese trabajo en equipo (con Ellacuría, Román Mayorga, Emilio Baltodano y Juan Hernández Pico) fue el libro "El Salvador: Año Político 1971-72", sobre el fraude electoral y la filosofía y políticas económicas de los contendientes. Su publicación supuso para la UCA arriesgar el subsidio del Estado y contribuyó a crear en no pocos jesuitas el temor que luego se manifestaría al ser nombrado Viceprovincial por el P. General Pedro Arrupe.

Después de una reunión en San Antonio de Belén (Costa Rica) en

1971, donde, bajo su dirección, se propuso al Viceprovincial erigir la sede principal del CIASCA en Guatemala y éste así lo dispuso, en diciembre de 1972, en unos Ejercicios grupales, se completó la propuesta con la de erigir la comunidad del CIASCA en una casa de estilo pobre y abierto en la Zona 5 de aquella capital. Paco Estrada asumió la propuesta que encajaba en su plan de promover comunidades sencillas y de dimensiones más humanas, algunas de inserción, como la de Aguilares, en El Salvador. En enero de 1973 comenzó la comunidad de la Zona 5. Entonces la integraron, con César como Director del CIASCA, Ricardo Falla como superior, Juan Hernández Pico, y los escolares Enrique Corral y Fernando Hoyos (en 4º de teología), Fernando Ascoli, Carlos Cabarrús y Alberto Enríquez (en magisterio). El 2 de Febrero de 1973 hizo su profesión solemne. En sus últimos votos en la Iglesia de la Merced, junto con Ricardo Falla, Jesús Navascués, Jaime Urigoitia, José Miguel Paz y Juan Hernández Pico, la homilía de Falla sobre la renuncia a la herencia como símbolo de la lucha con los pobres marcó un hito más en el camino hacia el compromiso de fe con la justicia. Durante los tres años y tres meses que César estuvo en esa comunidad se asentó el trabajo del CIASCA en Guatemala, no sin conflictos con la URL, en donde se prefirió abandonar tanto el trabajo en el Instituto de Ciencias Políticas como la participación en la revista "Estudios Sociales" ante la decisión de aquella universidad de imponerle vigilancia y censura a ambas actividades. César alentó el trabajo pastoral y organizativo en zonas de campesinado y subproletariado indígena y ladino y participó en él. Su fuerte estuvo, con todo, en el análisis político y en la asesoría a religiosos y religiosas, intelectuales y políticos, así como a líderes sindicales y a organizaciones no gubernamentales. La denuncia del fraude en las elecciones presidenciales legislativas y municipales de 1974 lo puso en peligro -toda la comunidad de la Zona 5 fue acosada policialmente la noche posterior a la publicación del manifiesto de denuncia- y a él como a los demás miembros de la comunidad lo acogieron para protegerlo las demás comunidades de Guatemala, incluida la de Universidad Landívar.

De ahí vino su consigna de que en adelante había que trabajar haciendo más y hablando menos. En abril de 1974, electo a la Congregación Provincial más conflictiva que ha conocido la Compañía Centroamericana, fue miembro de la Comisión de Postulados y ayudó a presentar algunos de los más consonantes con lo que luego serían los decretos 4 y 2 y 12 de la

C.G. XXXII. En octubre de 1974 fue nombrado consultor de la viceprovincia. En febrero de 1976, el terremoto de Guatemala lo encontró allá, ausente de una reunión de la Comisión de Ministerios por una enfermedad. César fue a San Martín a enterrar a su hermana, sus tres sobrinitos y su abuelita. Frente a la pasividad de las autoridades locales, convocó a una asamblea del pueblo donde le pidieron que se encargara de organizar la ayuda de emergencia. Durante un mes, ayudado por los otros miembros del CIASCA, canalizó hacia San Martín Jilotepeque una ayuda importante que administró eficazmente como una especie de "alcalde-líder" natural. Es esa una de las ocasiones en las que más "se bajó del camión", como decíamos hablando de sus momentos de cólera, es decir mostró su firme enojo para impedir un reparto que desfavoreciera a las mayorías indígenas de aldeas y fincas y de la misma cabecera.

En 1975, acercándose ya el último año del provincialato de Paco Estrada, al ser nombrado Eduardo Briceño, jesuita colombiano egregio, fallecido en 2004, asistente del P. General Pedro Arrupe, éste le pidió que antes de viajar a Roma recorriera Centroamérica para auscultarla con vistas al nombramiento de nuevo viceprovincial. Eduardo conocía además muy bien a Paco por haber sido Rector en el Pío Latino de Roma con Paco de prefecto y le tenía gran confianza. El P. Briceño, como dijo en la Eucaristía con César de cuerpo presente en Bogotá, vio claramente que César era el mejor hombre para ese servicio. Dijo además que el desempeño de César lo convenció luego de que César fue "un hombre providencial". Estando César en San Martín, llegó en marzo un cable de Roma llamando a César a hablar con el General y sus consejeros y puntualizando que no estaba nombrado aún Viceprovincial. En Roma pasó César lo que él llamaba su verdadero "examen ad gradum". Después de tres días de largas conversaciones, el P. Arrupe lo nombró Viceprovincial de Centroamérica. Ahí nació la notable intimidad del P. Arrupe con César, una relación de confianza y coincidencia que lo convirtieron en uno, de los grandes "arrupianos".

Lo que más marcó el provincialato de César fueron dos martirios y una pasión, símbolos además del martirio y la pasión de los pueblos del Tercer Mundo y del compromiso por la fe exigente de justicia que a ellos

condujo. Los martirios fueron obviamente los del P. Rutilio Grande y del Arzobispo Oscar Arnulfo Romero, no menos golpeantes y misteriosos -misterios de iniquidad y victoria- por haber sido asesinatos con crónica anticipada. La pasión fue la de Pedro Arrupe. Alrededor del testimonio de amor que da la vida por los amigos César mostró tanto su valentía y claridad en mantener intacto y creativo el compromiso de acción y pensamiento y las entrañas de misericordia de los jesuitas con la pasión y gloria de los pobres en Centroamérica -y así con el Evangelio de Jesucristo y la misión de la Compañía renovada en la C.G. XXXII- como su capacidad de unir a los jesuitas alrededor de la misión refrendada por la sangre martirial. La pasión de Pedro Arrupe le ayudó a enfrentar la suya propia -son conocidos los ataques a su integridad cristiana, eclesial, jesuítica y humana de fuentes eclesiásticas y seculares, hasta llamarlo guerrillero y líder de guerrillas-. Alentado por la magnanimidad y generosidad de Pedro Arrupe, César respondió en la misma longitud de onda. Ni guardó rencores ni aprovechó su autoridad para humillar o desplazar a jesuitas compañeros que se le opusieron o lo denigraron. Son también conocidos los datos del respeto y consenso creciente que cosechó entre los jesuitas centroamericanos, habiendo comenzado su provincialato como un hombre a quien se le temía y cuyas causas aparecían como signo de contradicción.

No se le ahorraron grandes alegrías. Confesó que la mayor de todas fue haber visitado muchas veces a todos los jesuitas hasta los confines de la Provincia en Sangrelaya (se nombra esta parroquia hondureña garífuna como símbolo entonces de muy difícil accesibilidad) y haberles dado con calma todo el tiempo necesario; a ellos y a la gente con quienes colaboraban y a quienes servían. Tuvo otros gozos muy significativos para él: completar el proceso de integración jesuítica centroamericana con los compañeros de Honduras -entre sus predilectos-, haber alentado y asumido la iniciativa del trabajo con los ngobes (guaymíes), haber respondido con rapidez y audacia apostólicas a la oportunidad histórica del triunfo sandinista en Nicaragua, haber iniciado el proceso, ininterrumpido desde entonces, de mejorar la vivienda de nuestros ancianos, haber iniciado también la aplicación del decreto XII de la C.G. XXXII con un uso nuevo de comunicación de bienes y haber al mismo tiempo iniciado la consolidación de un

patrimonio de la provincia después de haber entregado nuestra antigua finca de Nicaragua a la reforma agraria, haber cosechado los deseos de tantos jesuitas en la erección de la Viceprovincia en Provincia y haberla visto poblarse con tantas vocaciones de jóvenes centroamericanos. No vivió lo suficiente para matizar esa alegría con tristeza de ver la fuerte hemorragia de jóvenes salidos de la Orden.

Heredando los trabajos del provincialato de Paco Estrada con el plan que la Comisión de Ministerios alentada por él presentó a Roma, heredó también los matices críticos a sus resultados. Sin entrar, como le escribió a Pedro Arrupe, "en un ping-pong" con Roma sobre ellos, rescató la aprobación fundamental de las líneas y trabajó, con su consulta muchas veces ampliada, en limarlas y operativizarlas. Cuando en 1979 el P. General aprobó el Plan Apostólico, César, aleccionado ya por el martirio de Rutilio, la así llamada conversión de Monseñor Romero, la necesidad de haber sacado una buena parte de la formación a México por las amenazas en El Salvador, el triunfo sorpresivo de la Revolución Nicaragüense, etc., etc., formuló la unidad de su vida y de su servicio en aquella frase de la carta con que anunciaba a la Provincia la aprobación del P. Arrupe del Plan Apostólico: "Para esta Provincia el mejor Plan Apostólico es quedar en las manos de Dios". Ahí se resumía su disponibilidad confiada, basada en su experiencia de Dios en la historia que le tocó vivir, su forma de decir, como Ignacio y Pedro Arrupe, que "es menester en Él solo poner la esperanza" (Const. X, 812). Como antes, apoyando a la Zona 5 de Guatemala, siendo rector del Liceo Javier, Nacho Martínez en su provincialato fue, ahora como su socio, un insustituible apoyo para esta confianza de César en Dios.

Después de dejar el provincialato, cuando se preparaba para un descanso largo en Canadá para actualizarse en lecturas de su especialidad y afición (Ciencias Políticas e Historia) y para mejorar su francés, haciendo Ejercicios le sorprendió un tremendo dolor, síntoma de una enfermedad en la columna. Tuvo que ser operado, la convalecencia fue larga y se fue a pique el plan de Canadá.

En 1983 empezaba ya en la UCA otro servicio como director de investigaciones y postgrado, después de que los obispos nicaragüenses se opusieron mayoritariamente a la propuesta de su sucesor, Valentín

Menéndez, de encargarle el rectorado de la UCA de Managua. En ese momento, en la Congregación Provincial, el voto por el que se le eligió como uno de los dos electores a la C.G. XXXIII (46 de 51 posibles sufragios) fue testimonio a su eximio servicio. El año 83, sin embargo, fue uno de los más desgastantes en la vida de César. El rechazo de los obispos, la forma en que la tergiversación de su realidad profunda lo siguió hasta Roma (pese a que fue electo presidente de la comisión central de la Congregación) y la impresión que tuvo de poco apoyo de sus compañeros y amigos más cercanos –se quedó a vivir en Villa Carmen porque no le invitamos a vivir en Bosques de Altamira pensando que quería vivir con la Comunidad Universitaria- lo marcaron con un hondo sufrimiento, que algún día, primero Dios, podrá historiarse más. César lo superó extremando su servicio, sobre todo en la búsqueda de oportunidades para ir enviando a formarse en grados superiores a las mejores universidades a no pocos profesores de la universidad así como atrayendo a ella voluntarios de otros países, y también extremando su vida interior con espíritu en la oración y la Eucaristía. También tuvo la libertad de confiar su sufrimiento en la amistad y así encontrar respuestas liberadoras que trabajó a lo largo de años. Sin embargo, pasó por momentos muy desconsolados y buscó a veces salida para su desilusión y sufrimiento en tragos que lo desinhibían con amigos y compañeros y lo llevaban a extraer de su corazón profundidades de desolación y sueños aún irrealizados de su alma y a compartirlos. La operación de columna con la secuela de tener que rebajar 40 libras, cambió su metabolismo. Antes podía tomar con mucha resistencia. Ahora se había vuelto muy vulnerable.

En su último año de provincial había forjado la consigna, formulada pero no impuesta, a algunos jesuitas de Nicaragua (enviados por él en servicio a instituciones del proceso revolucionario nicaragüense) de "volver a la sinagoga". Con ello quería significar su convicción, expresada con su humor típico, de que ya era la hora de seguir sirviendo la causa de los pobres desde la mayor autonomía de nuestras obras. En especial, iba coincidiendo más con la convicción de Ignacio Ellacuría, de que la universidad era un instrumento adecuado de servicio estructural. En estas circunstancias fomentó en el CIASCA el discernimiento para juntar fuerzas con la UCA en un eje apostólico para Nicaragua, objetivo también querido del Provincial

Valentín Menéndez. Logró su meta simultáneamente con su nombramiento para rector de la UCA de Managua en 1985, en el curso de unos Ejercicios de equipo. Accedió al rectorado ya con una gran flexibilidad en los medios para realizar el proyecto de vida y misión que había comenzado con la fundación del CIASCA, fruto en gran manera de su experiencia en el provincialato, sobre todo como Presidente de la Conferencia de Provinciales de América Latina Septentrional, que, le dio perspectivas más universales. Llegó también al rectorado como hombre ya muy consultado por responsables del proceso nicaragüense y por líderes en muchas partes del mundo.

Su rectorado construyó sobre el cambio de orientación que a la UCA le imprimió el rector mártir Amando López y sobre las cordiales relaciones con los gremios universitarios y el saneamiento administrativo que fueron frutos de la gestión como rector de Miguel Ángel Ruiz y su equipo, especialmente Antonio Fernández Ibáñez, fallecido en 1999. Puso en su gestión todo el amor con que Nicaragua lo había enamorado. Estaba en su oficina diariamente a las siete de la mañana y entre siete y ocho tocaban a la ventana de su despacho una fila de personas, pobres y angustiadas, con varias necesidades, a las que se levantaba a abrir para recibir las en su oficina y atender sus problemas materiales o espirituales. Nunca dejó de dar clases de historia y en ellas se hizo célebre su frase: "¿Tienen alguna pregunta *inteligente* que hacer?", que a quienes no lo conocían a fondo los echaba para atrás. Hizo muchos y largos viajes para conseguir financiamiento para sus proyectos de recuperación, renovación y ampliación del campus universitario y de programas que trascendieron a nivel nacional y regional las fronteras de la UCA. Mantuvo una excelente colaboración con su Vicerector, Otilio Miranda. Prestó al proyecto de investigación de Pedro Marchetti, plasmado en Nitlapan, todo su aliento. Acrecentó los vínculos de la UCA con el Instituto Histórico Centroamericano y éste, a su vez, se coordinó creativamente con él, convirtiendo su revista "ENVIO" en revista de la UCA.

En el acto de homenaje que, a su paso por Nicaragua camino de su entierro en Guatemala, le hizo la UCA, todos los decanos y directores de escuelas rivalizaron en afirmar que su facultad o su escuela era la niña de los ojos de César, muestra de nuevo del talante de equidad característico de todos sus servicios, especialmente desde puestos de autoridad. Si algo

hay que destacar es su trabajo, codo a codo con el recordado jesuita mexicano Alberto Navarro, "el Viudo", para acercar a la escuela de sociología a la excelencia posible. Su sueño pendiente -ya lo había empezado a poner a la obra con los proyectos comunes de financiamiento- era la convergencia regional articulada de las dos UCAs y, a más largo plazo, de ellas con la URL.

Su vida estuvo plagada de enfermedades: bronquitis desde el magisterio; dos accidentes de automóvil (uno de ellos atropello) al terminar su magisterio y al empezar sus estudios especiales en Chicago, que lo dejaron incapacitado para el deporte; fuertes ataques de erisipela; la dolencia ya reseñada en la columna; varios cálculos en los riñones y, en sus últimos veinte años una soriasis rebelde y molestísima. Rara vez, sin embargo, en sus veinticuatro años de trabajo apostólico en Centroamérica, se pudo conceder descanso. Junto con las presiones sobre su espíritu, tanta enfermedad ayudó a minar la fortaleza de su vida. Nunca, sin embargo, le quitó el humor: "Es mejor vivir las cosas con un poco de comedia ya que en el mundo hay tanta tragedia" -solía decir. Y eso, aunque, como hemos visto, su procesión de viernes santo la llevaba en el corazón.

Lo acompañé en su última crisis sin saber si me oía o no las palabras de amistad y apoyo que pronuncié a su oído. El 17 de noviembre de 1991 – tenía 55 años cumplidos el 7 de agosto recién pasado- quedó fulminado por un derrame masivo del cerebelo. Estaba en el Hospital de la Universidad Javeriana de Bogotá. Había ido a trabajar con Raúl Mora sj, mexicano y entonces coordinador del apostolado social en América Latina y Jorge Julio Mejía sj, colombiano y entonces director del CINEP, la elaboración de un seminario para 1992 sobre el Neoliberalismo, que nos hiciera plantearnos "preguntas inteligentes" sobre esta corriente hegemónica en aquel momento. Una noche sintió unos dolores renales fuertes y lo llevaron al Hospital donde le hicieron una litotripsia. La tarde del derrame, estaba ya en espera de dejar el hospital a la mañana siguiente, pues lo habían dado de alta. Cuando se supo en El Salvador la noticia se juntaron el deseo del Provincial José María Tojeira y el mío y volé a Bogotá el día 18. Los PP. Eduardo Briceño, antiguo asistente, ya retirado por su enfermedad de Parkinson's, y Manolo Uribe, me esperaron en el aeropuerto y me llevaron al hospital. Una doctora de

guardia permitió que pasara a verlo en la unidad de cuidados intensivos y me dijo que le hablara, pues en casos de recuperación, algunos pacientes han expresado que oían todo lo que pasaba a su alrededor. Le dije cuánto lo quería y le pedí perdón, pero sobre todo le pedí que luchara por su vida. Lo vi otra vez el 20. El neurocirujano a su cuidado me dijo que había muy pocas posibilidades de recuperación con calidad de vida, que no entraban ni siquiera en números estadísticos. En la madrugada del 22 de noviembre sufrió otra hemorragia en la misma zona cerebral y falleció. Cuando me lo dijeron me derrumbé y sólo acogí un poco del don de la paz del Señor en la tarde después de su cremación. Recobré el sentido escribiendo sobre él. Me tocó llevar sus cenizas a Centroamérica. Nadie olvidaremos la imagen de su mamá sosteniendo en Managua y luego en Guatemala la urna de su hijo. Sus tres funerales, en Bogotá, con jesuitas, en la UCA de Managua, y en La Merced de Guatemala fueron concurridos o incluso multitudinarios. Sus restos reposan en el Panteón de la Compañía de Jesús del Cementerio General de la Ciudad de Guatemala. Su único hermano sobreviviente, el más joven de todos, Guillermo Jerez, mantiene flores en su tumba a lo largo del año.

César escribió mucho y bien. La Escuela de Sociología de la UCA recogió una parte de su bibliografía, que habrá que completar. El título de doctor que su inmersión temprana en el servicio apostólico no le permitió obtener lo suplieron con doctorados honoris causa cinco universidades de los Estados Unidos.

César firmaba sus cartas como Provincial "al partir el pan de nuestra esperanza". Le tocó vivir en una época convulsa, inédita en asesinatos y martirios de jesuitas, con persecución de la Iglesia y de la Compañía en el Siglo XX, en países nominalmente católicos. Luchó con fe por la justicia, más aún insistió siempre en fortalecer "el vigor de la fe". A pesar de su aspecto de "camionero" indomeñable y desafiante, fue una persona de un corazón tierno y vulnerable. Y también, de una inteligencia dotada de una gran visión de futuro pero empeñada con mucho sentido práctico en el presente desde la tradición cristiana e ignaciana, una persona de esperanza incluso cuando no había signos de esperanza y su misma integridad cristiana fue puesta en cuestión en las

más altas esferas jerárquicas de la Iglesia y de la Compañía. Fue un hombre vulnerable y vulnerado y al mismo tiempo profundamente querido. En la amistad, con Jesucristo, con sus hermanos, con los pobres y con mucha gente, encontró el sosiego para sus muchos quebrantos.



“Que el Señor Jesús que ha nacido llene nuestro corazón de paz y de amor y nos convierta en sus verdaderos Apóstoles”.

Antes de concluir este número de Diakonia 124, queremos agradecerles a todos nuestros amigos(as) suscriptores el haber estado con nosotros todo este año. Además les pedimos disculpa por no estar a tiempo con cada de las ediciones en su tiempo correspondiente. Para eso queremos desearles una feliz navidad y próspero año nuevo 2008.